

Biblioteca Ayacucho

30 años de orgullo latinoamericano

En medio de tantos proyectos discontinuados y tantas aventuras desafortunadas en el campo cultural, no podemos dejar pasar por alto la celebración de los 30 años de la Biblioteca Ayacucho. Nacida en los años 70, cuando América Latina estaba plagada de gobiernos dictatoriales, al cumplirse el sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho (Perú 1824-1974), la colección es hoy una obra colectiva que mantiene el hilo conductor de la expresión americana, más allá de las contingencias políticas y los azares de nuestras repúblicas. Stefanía Mosca nos describe así sus inicios: "Ángel Rama, quien, como otros intelectuales del Sur, vivía para ese entonces en Venezuela, se propone retomar el proyecto ecuménico de una Biblioteca que agrupase el saber latinoamericano y que diera prueba de la corriente revolucionaria que desde las guerras de la independencia atraviesa, como un solo eje, al Continente". Concebida como una contribución al fortalecimiento y desarrollo de la herencia histórica y espiritual del continente ha ido recogiendo el vasto patrimonio cultural en múltiples disciplinas –literatura, filosofía, arte, historia, pensamiento político, folklore, antropología, etc. –. Hoy, a los 30 años de esa iniciativa, vemos cómo entre sus miles de páginas se recogen las formas más encumbradas de nuestra intelectualidad y las corrientes profundas de las vivencias de nuestra pluralidad cultural.

La Biblioteca Ayacucho se inició con tres títulos emblemáticos de Simón Bolívar –*Doctrina del Liber-*

tador–, Pablo Neruda –*Canto General*– y José Enrique Rodó –*Ariel y los Motivos de Proteo*– contiene además en español las versiones más apreciadas de clásicos brasileros y del Caribe; la mejor traducción del Popol Vuh, las primeras imágenes del continente en las crónicas de Poma de Ayala, Las Sociedades Americanas de nuestro Samuel Robinson, la Poesía de la Independencia, los manifestantes Anarquistas, Casa Grande de Senza Sala de Gilberto Frayre, el Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar de Fernando Ortiz, la novedad de la Eterna de Macedonio Fernández, el Utopismo Socialista, Borges, Cortázar, Salvador Garmendía, Cabral de Melo Neto, Teresa de la Parra, Juan Rulfo. Más aún cada uno de los tomos está precedido de un estudio acucioso del autor, siguiendo las exigencias más rigurosas de la historiografía y la crítica. En fin, podemos enorgullecernos de este esfuerzo conjunto, que trasciende las fronteras nacionales, y nos convierte en líderes de una lucha continental, que ya no tiene que ver con el batir de armas, sino con la expansión e integración de la cultura latinoamericana. Es una muestra de lo que podemos hacer cuando nos entendemos con los países hermanos y confluimos nuestros esfuerzos.